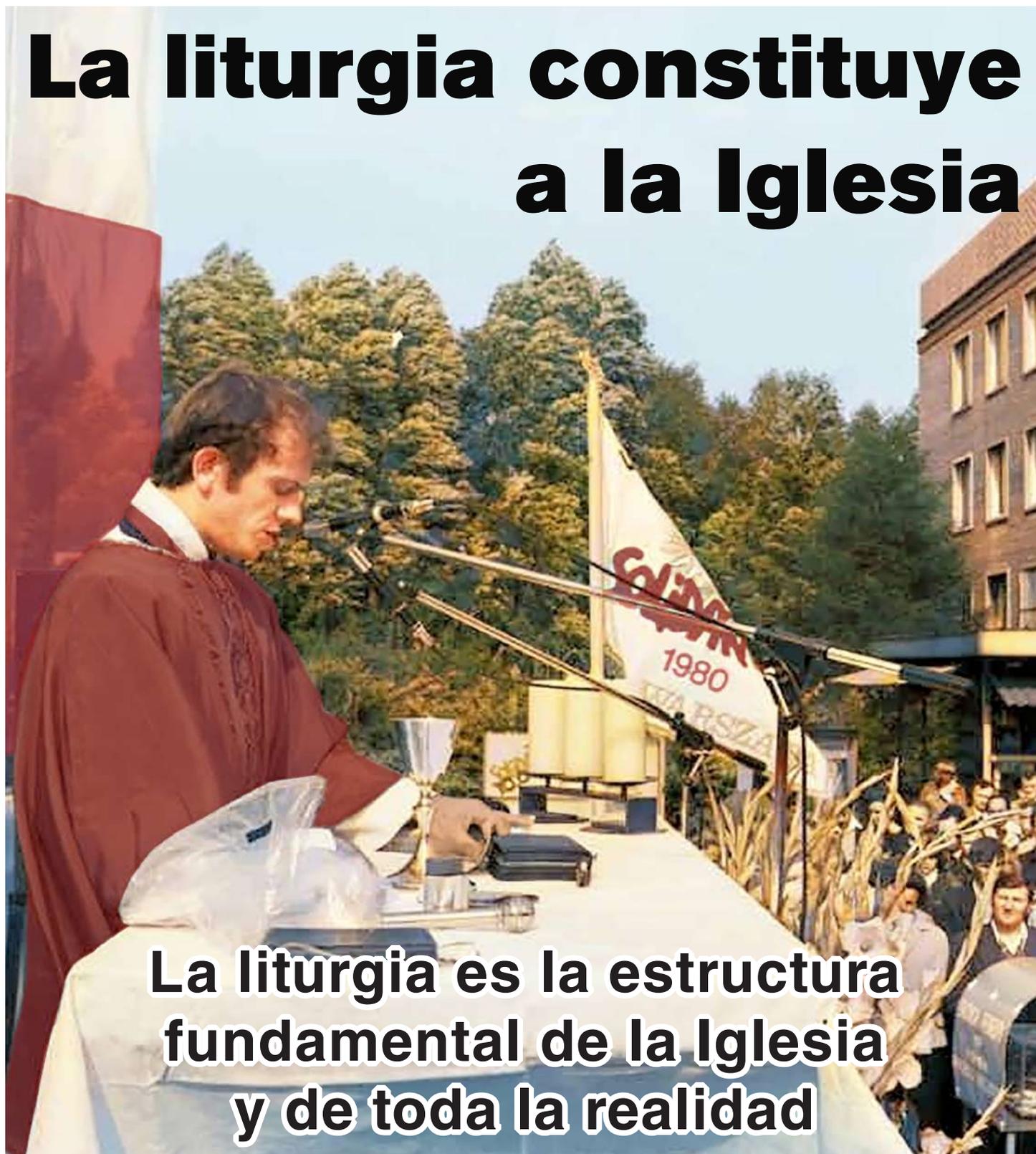


ID Y EVANGELIZAD

Nº139

www.solidaridad.net

La liturgia constituye a la Iglesia



**La liturgia es la estructura
fundamental de la Iglesia
y de toda la realidad**

La clave de interpretación de la realidad: la liturgia

El Concilio Vaticano II ha enfatizado una enseñanza secular de la Iglesia: la liturgia es lo más importante de todo lo que ella hace (*Sacrosanctum Concilium* 7) hasta el punto de que la constituye en su ser y autoconciencia.

Este aserto se justifica porque la Iglesia existe para hacer posible la incorporación de todos los hombres a la vida divina, perpetuando para ello la Gracia que nace de la Encarnación, de la Pascua de Cristo y de Pentecostés. La Iglesia es el sacramento que permite que esa corriente sobrenatural de divinización-redención se realice en todo tiempo, edad y en cada espacio humano. Y esto acontece, principalmente, en la liturgia, que es la actualización celebrativa, objetiva y común del misterio encarnativo-pascual-pentecostal. Nada hay fuera de la liturgia con su capacidad actualizadora de la memoria de Cristo y de su salvación. Nada hay como ella para poder anticipar el futuro deseado, haciéndolo presente en la celebración litúrgica. Nada hay como ella para formar el Cuerpo de Cristo, tanto en la comunión sincrónica (con los contemporáneos) como en la comunión diacrónica (con nuestros antepasados y los que vendrán).

El ritmo, el desarrollo y el lenguaje de la liturgia (llamado también Rito) es el más adecuado para un conocimiento profundo de Dios, del mundo y del hombre, ya que no se basa en una facultad separada (ni conocimiento aislado ni el sentimiento ni la pura fe solos) sino que opera a través del *conocimiento cristiano*, que es el del hombre entero y se realiza en el arrepentimiento, la escucha, la admiración, el canto y el silencio. De esta manera nos alejamos del intelectualismo elitista y de los reduccionismos secularistas y espiritualistas.

Todo lo anterior viene corroborado por la historia. Efectivamente, el hecho más importante en el desarrollo de la Iglesia -desde sus primeros balbuceos- ha sido la centralidad de la celebración cultural del Resucitado dentro de la comunidad. En torno al Sacrificio de Cristo en el Altar (prolongado en otros actos litúrgicos que santifican las horas del día) crece la Iglesia, que ahí toma conciencia de su identidad y de su misión. La liturgia hace a la Iglesia. En este sentido, no es correcto presentar la liturgia como si fuese una simple ayuda o auxilio para algo más importante, sea la santificación personal, sea la realización de un proyecto comunitario o la construcción del Reino. La liturgia es lo que constituye todo lo demás, que brota y se consume en ella o -de lo contrario- no es de Cristo (SC 10)

En verdad, toda la realidad (humana, social, cósmica) y no solo la Iglesia, tiene una estructura constitutivamente litúrgica. Porque todo, absolutamente todo, ha sido creado por y para Cristo (Col 1,16) y -como hemos dicho- Él se nos revela y dona en la liturgia. Por eso, la simbología litúrgica es la principal gramática que nos puede ayudar a elaborar un nuevo método de análisis de la realidad, una nueva política, un nuevo desarrollo de la cultura cristiana y también una renovación eclesial desde la verdadera sinodalidad en cuanto pueblo de Dios que camina unido anunciando al Señor resucitado hasta que vuelva y que nada tiene que ver con los modelos pequeño burgueses de la democracia representativa o participativa.

Celebrar íntegramente la liturgia (en el doble sentido de fidelidad ritual y de vivencia personal-comunitaria) es el principal reto que tenemos en nuestros días para volver a la centralidad de la Gracia y del aporte específicamente cristiano a nuestro mundo. El no haberlo hecho en estas últimas décadas ha implicado una gravísima crisis que todavía padecemos. ●

Análisis



La estructura litúrgica de la realidad

P. Carlos Ruiz, teólogo misionero

¿Cómo superar la falsa dicotomía implantada por el modernismo entre lo sobrenatural y lo natural? ¿Cómo hacer una lectura e interpretación correcta de la realidad, libre de toda dictadura ideológica? ¿Cuáles son los presupuestos necesarios para una correcta transformación del mundo? A estos y otros interrogantes busca dar respuesta este artículo, recordando la centralidad de la liturgia para una correcta interpretación Crística de la realidad, desde una epistemología y pedagogía del Misterio revelado que permita superar los complejos a los que se ven sometidos los cristianos, confluyendo en una auténtica renovación de la relación fe-mundo.

I. Presupuestos teológicos

Comenzaré citando a uno de los teólogos más interesantes de nuestro tiempo, John Milbank: «El *pathos* de la teología moderna es su falsa humildad. Y esto debe ser, por fuerza, para ella una enfermedad mortal, porque cuando renuncia a su pretensión de ser un metadiscurso, no puede ya experimentar claramente la palabra del Dios creador, sino que se ve forzada a convertirse en la voz oracular de algún ídolo finito, de alguna escuela teológica histórica, de alguna psicología humanista o de alguna filosofía trascendental, por citar algunos ejemplos. Si la teología no intenta situar, calificar o criticar otros discursos, entonces es inevitable que estos discursos se propongan situar o posicionar a la teología: pues, en efecto, no puede considerarse deseable prescindir de la necesidad de una lógica organizadora final».

Efectivamente, es un problema (probablemente, *el* problema) de la teología moderna y -por ende- de la cultura imperante desde hace unos tres siglos, cuando se escinden los dos órdenes que constituyen la realidad, el natural y el sobrenatural. Órdenes que no se pueden mezclar o confundir, pero tampoco separar.

Desde entonces, los pastores, teólogos y bautizados más lúcidos o fieles se han propuesto -la mayoría como objetivo prioritario- volver a unir lo natural y lo sobrenatural, sin disolver o confundir lo uno en lo otro. Diluir lo natural en lo sobrenatural nos llevaría a la teocracia integrista; deshacer lo sobrenatural en lo natural nos conduce al totalitarismo secularista. Extremos ambos que están tomando cada día más fuerza en nuestro mundo: apunten en el primer caso a las sociedades regidas por religiones orientales, caso del Islam, del hinduismo (India) o del propio budismo; pero, también por el cristianismo fundamentalista de signo pentecostal. El comunismo oriental también es heredero del confucionismo que propone la sumisión de la persona al orden establecido. La concreción del totalitarismo secularista pueden observarla en las ideologías del siglo XX (herederas de la Ilustración) y en su evolución en las actuales democracias liberales, que se encuentran en franca bancarrota.

Reconocer lo anterior, también es admitir que llevamos más de trescientos años de intentos fallidos para volver a la unidad en la diferencia o a la diferenciación para la unidad, como quieran. La causa de este fracaso es que seguimos buscando la solución en los mismos materiales averiados que nos ofrece la propia mentalidad dualista, que hemos aceptado como inexorable. Me refiero, principalmente, a la menguante vida católica, presa del modernismo que se queda en discursos academicistas y en periódicas campañas pastorales, mimetizados ambos con las tendencias del momento. Modernismo que es -por naturaleza- adánico, convencido de que su fracaso es culpa de los demás porque él es mejor que la pésima herencia que -según dicen sus voceros- ha recibido, lo cual le hace incapaz de descubrir en la historia del cristianismo la única posibilidad que existe para terminar con el dualismo. Y aquí llegamos al punto neurálgico: la liturgia.

2. Qué es la liturgia y por qué es la respuesta al actual dualismo

Siguiendo la enseñanza tradicional de la Iglesia, el Concilio Vaticano II en el primer capítulo de Sacrosanctum Concilium (primera Constitución aprobada en dicho Concilio) enseña que la liturgia actualiza o realiza la redención de Cristo aquí y ahora; por eso mismo es la meta a la que tiende la acción de la Iglesia y la fuente de donde le viene su fuerza y vitalidad. Es decir, más allá de lo que cada quién piense, sienta o guste, el Señor Jesucristo sigue divinizándonos-redimiéndonos principalmente en la liturgia, de manera objetiva y universal. La liturgia no agota el ser y el actuar de la Iglesia, pero es su corazón y fuente, como acabamos de recordar. Es la única cosa que actúa como columna

vertebral para unir y coordinar todas las otras realidades sustanciales, tanto naturales como sobrenaturales.

También en la propia liturgia hay una jerarquía; no todos sus actos tienen la misma entidad. La celebración litúrgica por excelencia es la Eucaristía, inseparable del Bautismo y la Confirmación, pero estos últimos solo se pueden recibir una vez. Y esto es así porque en la Eucaristía se actualiza la Pascua de Jesús y, en otro sentido, Pentecostés. En la Eucaristía se da la síntesis entre Palabra y Misterio; entre Pueblo y persona; entre jerarquía y sacerdocio bautismal; entre lo universal y lo particular; entre el cielo y la tierra... y sí, también se da la síntesis entre natural y sobrenatural.

Hemos hablado del adanismo de nuestro tiempo, por el que juzgamos cualquier tiempo anterior como peor. Si lo superásemos y mirásemos con objetividad la historia, no tendríamos problema en reconocer que las etapas más fructuosas de la Iglesia han sido las primeras, las que abarcan desde sus inicios hasta la baja Edad Media. Siglos en los que se consiguió integrar en lo trascendental lo temporal sin ningunear o desdibujar esto último. En estas centurias no hay duda que lo que estructura la teología, el dogma, la vida, la misión, pero también la política, el arte, la economía, la familia, los hábitos... es la liturgia.

3. Todo es crístico, por tanto litúrgico

Obras como la de Romano Guardini «El espíritu de la liturgia» muestran que esta no es simplemente el Rito ni una ayuda que sirve para otro fin aparentemente superior (pensemos en el Reino o en la santificación personal). La liturgia, al ser la propia Pascua de Cristo, es la gramática con la que se escribe toda la realidad, es el ser más profundo de todo ser, es la estructura de todo lo que existe porque Cristo «es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por Él y para Él, Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia. Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea Él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la Plenitud, y reconciliar por Él y para Él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col 1, 15-20). Todo es crístico y Cristo, repitémoslo una vez más, se revela plenamente y se enseorea de la realidad (Señor, Rey y Juez) en su Pascua, es decir, en la liturgia.

Si a estas alturas, te estás cuestionando -querido lector- que lo anterior es solo una interpretación propia de los creyentes y que no corresponde con lo que dice



Fotografía: Cathopic, 2024.

la ciencia ilustrada, entonces vuelve a leer el párrafo de Milbank con el que comenzamos este artículo. La realidad es una y compleja, poliédrica; la única sabiduría que puede interpretarla correctamente, respetando todos sus lados y aristas, pero integrándolos en armonía es la teología. Y pocos textos hay más reveladores para conocer la realidad que el que acabamos de citar de San Pablo.

Por tanto, el hecho de que todo lo que existe (muy particularmente lo humano) tiene una estructura litúrgica no es voluntarismo piadoso, o una propuesta teológica provocadora... es la realidad.

4. La pedagogía litúrgica

El lenguaje y el ritmo litúrgicos nos ayudan a desentrañar el ser de las cosas y, especialmente, de las personas. Y nos sirven de pedagogos para acercarnos a ellas de la mejor manera posible. No solo eso, la liturgia también nos muestra cuál es la verdadera manera de conocer; podríamos decir que es la mejor epistemología.

En la liturgia no funciona una sola dimensión del conocimiento: no es solo intelectual, ni solo sensorial, ni solo práctica, ni solo contemplativa. Es todo eso en eufonía, ella es el conocimiento completo: el que pone todos los resortes del hombre en sintonía para captar todo como Misterio porque la liturgia no permite la apropiación-posesión de lo que celebramos: el Sacrificio no nos pertenece porque es Cristo; el Rito no lo podemos inventar porque es de la Iglesia; lo subjetivo queda integrado en lo objetivo-comunitario-histórico para provocar al hombre completo un estado de agradecimiento, adoración y humildad. Hasta su lenguaje (cercano y -a la vez- atemporal) está pensado para entrar en el Misterio. Y lo mismo los signos que utiliza: agua, vino, aceite, imposición de manos, pan, un presidente, una comunidad débil y casi siempre escanda-

losa, que se convierten en símbolo, es decir, en la otra parte (este es el sentido etimológico de símbolo) de la Parte definitiva e inasible, que nos antecede, constituye y nos ex-tasía (nos saca de nosotros mismos).

Ser educados por la liturgia nos lleva a comprender que cada persona y, también, el resto de las criaturas son don misterioso que solo podemos comprender desde el Amor sacrificado que nos demanda escucha, silencio y compromiso.

5. Consecuencias al interior de la Iglesia

Coincidimos con los que afirman que la gravedad de la crisis actual del cristianismo, particularmente de los católicos, es porque se trata de una crisis de naturaleza teológica, es una crisis de fe. Y es muy comprensible: nos hemos creído las falacias de la Modernidad y no hemos sabido fecundarla para transformarla (como sí hicieron otras generaciones cristianas con culturas igualmente anticristianas e invasivas); debido a esto estamos en un proceso dualista en el que la fe ya no es la que rige el resto de la realidad, sino que vivimos en una especie de Matrix, en dos mundo paralelos e inconexos. Nuestra vida familiar, profesional, política, económica, cultural... la desarrollamos según el mundo (aunque lo denunciemos como un malvado programador de injusticias) y nuestro acceso a la fe es una especie de consuelo y hasta evasión. Por eso, el cristianismo es cada día más irrelevante porque ni nosotros mismos nos creemos que podemos transformar la realidad, a pesar de ser los únicos que -por Gracia- tenemos la clave para reprogramar todo.

Y la clave es la centralidad de la liturgia porque es la que nos devuelve a la centralidad del Misterio, de la primacía de la Gracia, verdadera estructura ontológica de la realidad. La liturgia permite a la Iglesia vivir la fidelidad a la Tradición, a la vez que la encarnación en cada época. La liturgia es la mejor pastoral porque lo que más necesita el hombre es lo bello, lo distinto, el arcano. Pero, esto exige que dejemos de maltratarla y convertirla en una especie de show en la que cada celebrante o grupo quiere hacer "su" obra, imitando a los telepredicadores protestantes. La mayor parte de los conversos famosos de las últimas décadas reconocieron que una de las cosas que más les acercó a la Iglesia fue su liturgia: Brunnetière, Coppé, Huysmanns, Bourget, Psichari, Claudel, Bernanos, Maritain, Du Bos, Edith Stein, Hedwig Conrad-Martius, Bergson, Julius Langbehn, Heinrich Federer, Reinhardt Johannes Sorge, Konrad Weiss, Gertrud von Le Fort, Elisabeth Langgässer, Reinhold Schneider, Werner Bergengruen, Edzard Schaper, Giovanni Papini, Agostino Gemelli, García Morente, Guillermo Roviroso, Chesterton, Belloc, Baring, Dawson, Watkin, Benson, Knox, Gra-

ham Greene, Waugh, Spark, Sitwell, Alec Guinness, Sassoon, Tolkien, Johannes Jørgensen, Gabriel Marcel, Péguy, Madaule, Simone Weil, etc. Todos ellos, probablemente, ya no dirían lo mismo al ver la trivialidad, minimalismo y hasta iconoclasia con la que celebramos el misterio litúrgico.

La liturgia es la matriz de la sinodalidad de la Iglesia: porque siendo una en todo el mundo (católica) se realiza en cada territorio (local) en la medida en que hay un sucesor de los apóstoles que preside la Eucaristía convocando a todos los bautizados; no en la medida que preside una Curia o una organización, que son solo la consecuencia -necesaria- de lo anterior. Lo que hace a los sucesores de los apóstoles y a sus iglesias locales iguales, con uno de ellos a la cabeza (Pedro), es precisamente la comunión eucarística. Y es la Eucaristía la que nos permite vivir en Comunión jerárquica, en sinodalidad.

6. Consecuencias al exterior de la Iglesia

La estructura crística (por tanto, litúrgica) de la realidad nos indica que la mejor manera de vivir las realidades temporales (política, cultura, economía, familia...) es litúrgicamente. Y esto no es solo porque vayamos a Misa antes o después de vivir cualquier realidad secular (profesión, actos públicos, acciones de lucha...) sino porque -además- usemos un método de análisis de la realidad basado en la liturgia y que conformemos nuestras decisiones y plataformas seculares con la liturgia.

Esto es lo que hicieron los primeros cristianos al momento de decidir en qué profesiones podían o no podían trabajar, cómo debían ser sus hábitos de vida, la cantidad y educación de sus hijos... Esto es lo que hicieron los monjes medievales que transformaron todo un continente (incluida Rusia) desde el Altar, del cual nacieron la Biblioteca, la Botica y la nueva agricultura-ganadería-apicultura, pero también multitud de industrias. De la liturgia nació toda la estructura solidaria y promocionante que caracterizó la cultura occidental: los gremios, las cofradías que prevenían las necesidades de los pobres, los hospitales, los hospicios, las universidades, la ciencia experimental, la mejor arquitectura, la música más bella, las misiones...

Ya hemos explicado que la liturgia tiene su propia epistemología y pedagogía y ellas están llamadas a dirigir todas las demás actividades. Solo cuando esto es real, se unifica el sujeto y la cultura en cristiano y se producen frutos.●

Proyecto Solidario
de promoción humana en Perú

MOVIMIENTO CULTURAL CRISTIANO

25 años
de promoción militante con los empobrecidos en Venezuela

¡Hazte socio de nuestro proyecto misionero!

<https://solidaridad.net/socio-misiones/>

CAMPAÑA POR LA JUSTICIA NORTE-SUR EN LAS RELACIONES HAMBRE PARO ESCLAVITUD INFANTIL

No matarás

MOVIMIENTO CULTURAL CRISTIANO

El misterio pascual

Joseph Ratzinger

El Magisterio de la Iglesia, ha insistido en diversas ocasiones sobre la necesidad de la centralidad del Misterio pascual para una renovación de la liturgia y del compromiso bautismal de los cristianos en el mundo. Por ello, aportamos una predicación del Cardenal Ratzinger dada en 1983 durante los ejercicios espirituales de cuaresma para la Curia romana. Aquí, pone de manifiesto, desde una lectura profunda de la teología bíblica, dicha centralidad pascual y la necesidad de volver a los fundamentos cristianos para una reconstrucción de la historia y de la sociedad.

La Pascua judía era y sigue siendo una fiesta familiar. No se celebraba en el templo, sino en la casa. Ya en el Éxodo, en el relato de la noche oscura en que tiene lugar el paso del ángel del Señor, aparece la casa como lugar de salvación, como refugio. Por otra parte, la noche de Egipto es imagen de las fuerzas de la muerte, de la destrucción y del caos, que surgen siempre de las profundidades del mundo y del hombre y amenazan con destruir la creación «buena» y con transformar el mundo en desierto, en lugar inhabitable. En esta situación, la casa y la familia ofrecen protección y abrigo; en otras palabras: el mundo ha de ser continuamente defendido contra el caos; la creación ha de ser siempre amparada y reconstruida.

En el calendario de los nómadas, de los cuales heredó Israel la fiesta pascual, la Pascua era el primer día del año, el día en que Israel había de ser nuevamente defendido contra la amenaza de la nada. También en tiempos de Jesús se celebraba la Pascua en las casas, en las familias, luego de la inmolación de los corderos en el templo. Estaba prohibido abandonar la ciudad de Jerusalén en la noche de Pascua. Toda la ciudad se consideraba lugar de salvación contra la noche del caos, y sus muros eran como diques que defendieran la creación.

Todos los años, por Pascua, Israel debía acudir en peregrinación a la ciudad santa, para volver a sus orígenes, para ser creado de nuevo, para recibir otra vez su salvación, su liberación y fundamento. Hay aquí una profunda sabiduría. A lo largo de un año, un pueblo se halla siempre en peligro de disgregarse, no sólo exteriormente, sino también desde dentro, y de perder así las bases interiores que lo sustentan y rigen. Tiene necesidad de volver a sus antiguos fundamentos.

La Pascua representaba este retorno anual de Israel, desde los peligros de aquel caos que amenaza a todo pueblo a aquello que antaño lo había fundado y que continuaba edificándolo en todo momento, a su ininterrumpida defensa y a la nueva creación de sus orígenes.

También Jesús celebró la Pascua conformándose al espíritu de esta prescripción: en casa, con su familia, con los apóstoles, que se habían convertido

en su nueva familia. Obrando de este modo, obedecía también a un precepto entonces vigente, según el cual los judíos que acudían a Jerusalén podían establecer asociaciones de peregrinos, llamadas *chaburot*, que por aquella noche constituían la casa y la familia de la Pascua. Y es así como la Pascua ha venido a ser también una fiesta de los cristianos. Nosotros somos la *chaburah* de Jesús, su familia, la que él fundó con sus compañeros de peregrinación, con los amigos que con él recorren el camino del Evangelio a través de la tierra y de la historia. Como compañeros suyos de peregrinación, nosotros somos su casa, y de esta suerte la Iglesia es la nueva familia y la nueva ciudad, que es para nosotros lo que fue Jerusalén, casa viviente que aleja las fuerzas del mal y lugar de paz que protege a la creación y a nosotros mismos. La Iglesia es la nueva ciudad en cuanto familia de Jesús; es la Jerusalén viviente, cuya fe es barrera y muralla contra las fuerzas amenazantes del caos, que se confabulan para destruir el mundo. Sus murallas se hacen fuertes en virtud del signo de la sangre de Cristo, es decir, en virtud del amor que llega hasta el fin y que no conoce límites. Este amor es la potencia que lucha contra el caos; es la fuerza creadora que funda continuamente al mundo, los pueblos y las familias, y de este modo nos ofrece el shalom, el lugar de la paz, en el que podemos vivir el uno con el otro, el uno para el otro, el uno proyectado hacia el otro.

Pienso que, sobre todo en nuestro tiempo, existen sobradas razones para reflexionar de nuevo sobre tales analogías y referencias, y para dejar que ellas nos hablen. Porque no podemos menos de ver la fuerza del caos; no podemos menos de ver cómo surgen precisamente en el seno de una sociedad desarrollada que parece saberlo y poderlo todo, las fuerzas primordiales del caos que se oponen a lo que esa sociedad define

como progreso. Vemos cómo un pueblo que ha llegado a la cúspide del bienestar, de la capacidad técnica y del dominio científico del mundo, puede ser destruido desde dentro, y cómo la creación es amenazada por las oscuras potencias que anidan en el corazón del hombre y cuya sombra se cierne sobre el mundo.

Sabemos por experiencia que la técnica y el dinero no pueden por sí solos alejar la capacidad destructiva del caos. Únicamente pueden hacerlo las murallas auténticas que el Señor nos ha construido y la nueva familia que nos ha dado. Y yo pienso que, por este motivo, la fiesta pascual, que nosotros hemos recibido de los nómadas a través de Israel y de Cristo, tiene también una importancia política eminente en el más profundo de los sentidos. Nuestros pueblos de Europa tienen necesidad de volver a sus fundamentos espirituales si no quieren perecer, víctimas de la autodestrucción.

Esta fiesta debería volver a ser hoy una fiesta de la familia, que es el auténtico dique puesto para defensa de la nación y de la humanidad. Quiera Dios que alcancemos a comprender de nuevo esta admonición, de suerte que renovemos la celebración de la familia como casa viviente, donde la humanidad crece y se vence al caos y la nada. Pero debemos añadir que la familia, este lugar de la humanidad, este abrigo de la criatura, únicamente puede subsistir cuando ella misma se halla puesta bajo el signo del Cordero, cuando es protegida por la fuerza de la fe y congregada por el amor de Jesucristo. La familia aislada no puede sobrevivir; se disuelve sin remedio si no se inserta en la gran familia, que le da estabilidad y firmeza [...] la Iglesia.

Se nos ofrece otra reflexión. Israel heredó esta fiesta del culto y de la cultura de los nómadas. Celebraban éstos la fiesta de la primavera el día en que iniciaban una nueva migración con sus rebaños. Lo primero que se hacía era trazar con sangre de cordero un círculo en torno a las tiendas. Con este gesto trataban de defenderse seguramente contra las fuerzas de la muerte, a las que deberían enfrentarse en no pocas ocasiones en el mundo desconocido del desierto. La ceremonia se llevaba a cabo con las vestimentas del peregrino en el momento de la partida, con la comida de los nómadas, el cordero, las hierbas amargas, que sustituían a la sal, y con el pan sin levadura. Israel ha heredado de sus tiempos de nómadas estos elementos fundamentales en la celebración tradicional de la fiesta, y la Pascua le ha recordado siempre el tiempo en que era un pueblo sin hogar, un pueblo en camino y sin patria. Esta fiesta le ha traído siempre a la memoria que, aun cuando tenemos casa, seguimos siendo nómadas; como hombres que somos,

nunca nos hallamos definitivamente en casa, estamos siempre con el pie en el estribo. Y pues vamos de camino y nada no pertenece, todo cuanto poseemos es de todos y nosotros mismos somos el uno para el otro. La Iglesia primitiva tradujo la palabra *Pascha* como «paso», y expresó de este modo el camino de Jesucristo a través de la muerte hasta la nueva vida de la Resurrección. Por este motivo, la Pascua ha sido siempre, y sigue siendo hoy para nosotros, fiesta de la peregrinación; también a nosotros nos dice: somos únicamente huéspedes en la tierra; todos somos huéspedes de Dios. Por eso nos exhorta a sentirnos hermanos de aquellos que son huéspedes, pues nosotros mismos no somos otra cosa que huéspedes. Somos tan sólo huéspedes en la tierra; el Señor, que se hizo él mismo huésped y nómada, nos pide que nos abramos a todos aquellos que en este mundo han perdido la patria; espera de nosotros que nos pongamos a disposición de los que sufren, de los olvidados, de los encarcelados, de los perseguidos. Él está presente en todos ellos. En la ley de Israel, cuando se dan normas para el tiempo en que el pueblo se establezca definitivamente en la tierra prometida, se insiste en prescribir que los peregrinos sean tratados igual que todos; y al hacerlo, se acude siempre a las palabras: «¡Recuerda que tú mismo fuiste nómada y peregrino!» Somos nómadas y peregrinos. Este es el punto de vista desde el que debemos entender la tierra, nuestra vida misma, el ser el uno para el otro. Estamos tan sólo de paso en la tierra, y esto nos hace recordar nuestra más secreta y profunda condición de peregrinos; nos hace recordar que la tierra no es nuestra meta definitiva, que estamos en camino hacia el mundo nuevo, y que las cosas de la tierra no constituyen la realidad última y definitiva.

Apenas nos atrevemos a decirlo, porque se nos echa en cara que los cristianos no se han preocupado nunca de las cosas terrenas, que no se han entregado en serio a edificar la ciudad nueva de este mundo, siempre con el pretexto de que tenían en el otro su morada. Nada de esto es verdad. Quien se zambulle en el mundo, aquel que ve en la tierra el único cielo, hace de la tierra un infierno, porque la fuerza a ser lo que no puede ser, porque quiere poseer en ella la realidad definitiva, y de esta suerte exige algo que le enfrenta consigo mismo, con la verdad y con los demás. No; nos hacemos libres, libres de la codicia de poseer, justamente cuando tomamos conciencia de nuestro ser nómadas; es entonces cuando nos hacemos libres los unos para los otros, y es entonces también cuando se nos confía la responsabilidad de transformar la tierra, hasta que podamos un día depositarla en las manos de Dios. ●

Liturgia y política, causa y efecto del bien común

P. Osmin Serrano Grillet

La fe no se puede plantear como una introversión capillística, sino como recapitulación de todos los ámbitos de la existencia humana desde el misterio del Verbo encarnado. Por ello, el autor explica cómo la liturgia, en cuanto culto a Dios y actualización histórica del misterio redentor, a través de una política cristiana viene a ser la encarnación de lo celebrado en ella, con la consecución del bien común y personal supeditado al Bien mayor que es Dios, aunando la ciudad de Dios y la ciudad de los hombres, desde la doble naturaleza de Cristo (humana y divina) superando así todo dualismo entre fe y política.

Liturgia, política y bien común tres términos aparentemente antagónicos. Ya que la liturgia hace referencia al culto privado que la Iglesia debe reservar para sus templos, con aquellos ciudadanos que sean cristianos. La política constituye el gobierno de los líderes que han sido puestos por aclamación popular según la corriente ideológica que representan. Por último, el bien común constituye el bienestar que el Estado debe garantizar a los ciudadanos. Tal es la absoluta mentira que desde la Ilustración se nos ha vendido y que muchas veces se ha asumido.

El Concilio Vaticano II define la liturgia como «obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia» (SC 7). Obra de redención de Jesucristo, realizado especialmente por el misterio pascual; muerte que destruye nuestra muerte, resurrección que restaura nuestra vida y ascensión que introduce a la humanidad en la Trinidad (el Resucitado es Dios y hombre verdadero) y Pentecostés inicio de comunión vital con el misterio de la Trinidad. Benedicto XVI ha explicado en sus Obras Completas, X, que el misterio pascual es el núcleo del evento de salvación y el verdadero contenido de la liturgia, «por medio de la cual “se ejerce la obra de redención”» (SC 2). Dotando de contenido a la historia de salvación en la que estamos insertos, realizándose por el Cristo total, Cabeza (Cristo) y Cuerpo (Iglesia). Con lo cual, «la Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza» (SC 10).

¿Dónde está el puente entre liturgia y política? La respuesta parte de superar una deformada cosmovisión: la dicotomía entre lo natural y sobrenatural, entre lo divino y lo humano. Entonces se puede entender desde la lógica de la encarnación y lo sacramental. El Hijo de Dios, encarnado, verdadero Dios y verdadero hombre. De tal forma que ya no puede haber contraposición, sino causa y efecto, es decir, origen y meta. Esta realidad

se reproduce en el hombre por vía creacional y sacramental: su dignidad sagrada le viene de ser imagen de Dios. Su realización deviene por vía bautismal, nuevo nacimiento a la vida en Cristo, siendo insertado en el misterio pascual por el que se hace hijo en el Hijo. Así, encarnación del Hijo y sacramento del bautismo vienen a ser el puente que introduce el dinamismo pascual en la historia, es decir, en todos los ámbitos de la existencia humana. Siendo a su vez la Eucaristía la actualización constante de dicho dinamismo. Aquí hace carta de presentación la política y su relación con la fe cristiana pero respetando la autonomía relativa de ambas.

Una vez más, tendremos que superar una desvirtuada concepción de política, como pugna por el poder con carga ideológica y partidista. Retrotrayéndonos a su significado primigenio y auténtico. La palabra política significa asuntos de la ciudad, la búsqueda del bien de los ciudadanos. La Iglesia desarrolla la dimensión política del hombre diciendo: «por ser una criatura social y política por naturaleza, “la vida social no es, pues, para el hombre sobrecarga accidental”, sino una dimensión esencial e ineludible» (Compendio de Doctrina Social de la Iglesia, nº 384). La persona humana y la búsqueda del bien común constituyen así el fundamento de una auténtica política. Con lo cual, la liturgia obedece al orden del misterio revelado por Dios y vivido en la Iglesia como *lex credendi* (fe que se cree), *lex orandi* (fe orada) y la política en la vida cristiana



«La persona humana y la búsqueda del bien común constituyen el fundamento de una auténtica política». Manifestación en contra de las injusticias, Venezuela 2022. Fotografía: Tina Tozzi.

obedece al orden de la encarnación de lo que se cree y se celebra en *lex vivendi* (fe vivida, martirio-testimoniada). Sin embargo, como la persona es unidad de alma y cuerpo esto no puede ser vivido independientemente o anacrónicamente sino que *lex credendi, orandi y vivendi* constituye el criterio de actuación del cristiano en la realización de la política que busca el bien común.

El bien común, ha sido definido por la Iglesia como «el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección» (GS 26). De la dignidad sagrada de las personas y su igual dignidad deriva el bien común. Ello implica la promoción: personal, desde su modelo en el Hijo de Dios; integral, que respeta la complejidad humana sin absolutismo; institucional, en cuanto miembro de la sociedad. Tal es así, que la política debe actuar para que la vida social (nacional e internacional) esté organizada de tal modo que garantice la plenitud de toda y cada una de las personas: «hace falta –dice Francisco- la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos» (LS 202).

Hablamos de *causa*, porque la liturgia constituye el medio a través del cual se actualiza en el hombre la verdad de su ser y quehacer, ya que «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (GS 22). La causalidad que ocurre en la liturgia es el momento-síntesis de la historia de la salvación. Por medio de ella, el Señor transmite su vida divina al mundo, el Espíritu Santo vivifica y anima la historia de salvación, renovando la faz de la tierra (Sal 104, 30). Este es el Sumo Bien que da contenido y orientación al bien común y consecuentemente al bien personal; según W. Cavanaugh, en su

libro *Tortura y Eucaristía*: esto ocurre porque teología, política y cuerpo de Cristo, están reconfigurando el tiempo (*kairós*) y el espacio (historia *Salutis*), desde la dimensión social de la Eucaristía en contraposición al tiempo y el espacio del Imperialismo actual. Entonces, la existencia cristiana consistirá en realizar en la vida el misterio celebrado en los sacramentos, en hacer pasar a la vida diaria lo

recibido por la fe, en la espera constante de que se cumpla la consumación de la historia.

Efecto, porque la política viene a ser la encarnación histórica de lo vivido en la liturgia. Es el espacio actualizador de la encarnación redentora, el misterio de Dios puesto en acto por las obras de los bautizados que, buscando cumplir el bien común, están recapitulando la historia hacia Dios. Es tiempo que cobra sentido, en cuanto *kairós*, tiempo de salvación, «memoria del futuro» dirá J. Zizioulas. De tal forma, que «nadie –dice Francisco- puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos» (EG 183).

Un gran maestro de la liturgia como lo fue Odo Casel en su obra *El misterio del culto cristiano*, explicaba el potencial litúrgico en la vida social: «Sonó la hora de volver al Misterio; se trata de que cada cual se vuelva a la fuente de la salvación, porque sólo en el misterio de Dios puede curarse de nuevo el mundo. Es ahí donde obra el Pneuma vital de Dios; es ahí donde corre la Sangre de Cristo, que cura y santifica al mundo, lo redime y lo transfigura».

San Juan Pablo II recordaba que «para animar cristianamente el orden temporal —en el sentido señalado de servir a la persona y a la sociedad— los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la “política”; es decir, de la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien

Historia



El papel de la Iglesia católica en la lucha por la democracia en el Congo

Miguel Angel Ruiz

En 2022, un grupo de investigación de la Universidad de Nueva York —«Congo Research Group»—, publicó un informe titulado «La Iglesia Católica en la República Democrática del Congo». Se reconocía en él que «La Iglesia Católica es uno de los actores más importantes en la política nacional congoleña pues en momentos críticos del sistema político para el país ha desempeñado un papel clave en la promoción de la democracia». No podía ser de otra manera, pues así lo demanda la Doctrina Social de la Iglesia, pero mejor que darlo por sentado resulta de justicia conocer más de cerca, de la mano del informe y algunas otras fuentes, las estrategias, las tácticas y, sobre todo, los sacrificios — hasta el martirio— que ha supuesto esta tarea.

La dictadura en el Congo Belga: el colonialismo

El Congo sufrió en sus inicios uno de los colonialismos más abyectos de la era contemporánea. Más de diez millones de personas fueron masacradas o murieron por agotamiento, torturas o enfermedad. Desde 1885, el conocido como Estado Libre del Congo fue una propiedad privada del rey de los belgas, Leopoldo II, quien lo explotó personalmente o a través de las empresas privadas a las que otorgó concesiones de marfil y caucho. Son conocidas las imágenes de adultos y niños congoleños con las manos y los pies amputados por no haber cumplido con las cuotas de recogida de caucho. Un año antes de la muerte de Leopoldo, en 1908, paso su «propiedad» a manos del Estado belga, creando la colonia del Congo (el «Congo Belga»). Así permanecería hasta 1960. En esta etapa colonial se desterraron progresivamente los métodos brutales seguidos bajo Leopoldo II, pero sus ciudadanos siguieron privados de derechos políticos y de la so-

beranía económica sobre los recursos de su propio país. Es decir, siguieron siendo empobrecidos por sus amos.

La dictadura en el Zaire: Mobutu y el neocolonialismo

Tras la independencia en 1960, en el marco del proceso descolonizador auspiciado por la ONU, se creó la República Democrática del Congo. La RDC heredó la deuda externa contraída durante el dominio belga (pese a que la mayor parte de las ganancias producto de esa deuda fueron para la metrópoli) mientras Bélgica se beneficiaba de la condonación de su propia deuda por los EE. UU. por haber aportado el uranio con el que se construyeron las bombas de Hiroshima y Nagasaki... que procedía de la mina de Shinkolobwe en el Congo. A su vez, las empresas belgas mantuvieron sus acciones en las explotaciones mineras congoleñas, en especial en la Unión Minera del Alto Katanga –*Union Minière du Haut-Katanga*–, mientras que el Estado congoleño perdía sus acciones en dicha empresa al disolver el parlamento belga la sociedad pública que las ostentaba.

Las primeras elecciones democráticas –junio 1960– fueron ganadas por Patrice Lumumba, el creador del «*Mouvement National Congolais*». Inmediatamente se produjo la secesión de Katanga (la zona más rica en cobre y cobalto), rebelión encabezada por Moïse Tshombe y de inmediato apoyada por los belgas y su *Union Minière*. Más tarde se declararía la secesión de Kasai, región rica en diamantes y otros minerales. La torpe aproximación de Lumumba a la URSS en busca de apoyo frente a Tshombe, ante la pasividad de la ONU y tras serle negado apoyo por los EE. UU., el valedor de la antigua metrópoli, determinó que estos últimos apoyaran también la secesión. Aconsejado por la CIA, el presidente Joseph Kasavubu destituyó a Lumumba como primer ministro y Mobutu, que había sido su secretario y el jefe de su Estado Mayor –a la vez que confidente de los servicios de inteligencia belgas y de la CIA–, dio un golpe de Estado, asumió el poder y ordenó su localización (en la que colaboró la ONU), su detención y su entrega a Tshombe quien lo torturó y asesinó, tarea en la que participaron oficiales belgas. Era el 17 de enero de 1961, a menos de un año de su victoria electoral.

Mobutu fue un déspota cruel. En 1966 hizo ahorcar públicamente a sus opositores políticos, los llamados «Mártires de Pentecostés», pese a la petición de clemencia del arzobispo de Kinshasa –antes Leopoldville–, Mons. Malula. Con el tiempo ordenaría torturar y asesinar a sus opositores, reales o imaginarios. Fue un déspota caprichoso e irracional que, por ejemplo,

renombró la RDC como Zaire (supuesto nombre vernáculo, pero tomado erróneamente de un antiguo mapa Portugués) y cambió también los nombres de sus principales ciudades. Fue, por fin, un déspota corrupto: elevó la deuda externa a cifras estratosféricas, nacionalizó y expropió empresas y con todo ello se enriqueció personalmente y enriqueció a los mandos de su ejército y a los funcionarios de su gobierno, descapitalizando y hundiendo las empresas que expropió y regaló. Pese a todo, contó siempre con el apoyo de Francia y de los EE. UU. por razones tanto estratégicas (guerra fría) como económicas (materias primas).

La Iglesia frente a Mobutu

Aunque en 1961 monseñor Malula, arzobispo de Léopoldville –Kinshasa desde 1964–, condonó el golpe de Mobutu, pronto descubrió su verdadera naturaleza y las relaciones con la Iglesia católica se deterioraron. En 1972 Malula pronunció un sermón contra el régimen y fue desterrado. Mobutu prohibió el bautismo y el uso de nombres cristianos. En 1976, Eugène Kabanga, arzobispo de Lubumbashi, publicó una carta pastoral denunciando el sistema impuesto por Mobutu: «Quien tiene algo de autoridad o medios de presión, se aprovecha de ello para imponerse a las personas y explotarlas, especialmente en las zonas rurales. Cualquier medio es bueno para conseguir dinero o humillar al ser humano». La Iglesia católica se convirtió en la mayor fuerza de oposición al régimen de Mobutu, quien la combatía y la temía.

En 1991, tras treinta años en el poder, Mobutu accedió (por presión interna e internacional, que veía en Mobutu un peligro para la rentabilidad del Congo y la estabilidad regional) a dar un paso hacia la democracia. Para gestionar la transición y redactar una nueva constitución, se creó la Conferencia Nacional Soberana (CNS). A formar parte de ella fue invitado el principal partido de la oposición (en el exilio): la *Union pour la Démocratie et le Progrès Social*, apoyado por la Iglesia católica. Lo había fundado en el exilio Etienne Tshisekedi un antiguo colaborador de Mobutu que participó en la redacción de la constitución de 1967 y ejerció diversos cargos políticos hasta que fue exiliado en 1982. Tras unas revueltas del ejército, consentidas por Mobutu para hacer fracasar la conferencia, Mobutu nombró, en octubre de 1991, a Laurent Monsengwo Pasinya, arzobispo de Kisangani y presidente de la Conferencia Episcopal del Congo como presidente de la Conferencia Nacional Soberana, al tiempo que a Etienne Tshisekedi como primer ministro. Tres semanas más tarde Mobutu destituyó a Tshisekedi y tres meses después cerró la CNS.

En respuesta al cierre, Tharcisse Tshibangu, obispo auxiliar de Kinshasa y responsable del apostolado laico, creó el Comité de Coordinación de Laicos que se dedicó a organizar manifestaciones en todo el país pese a que el arzobispo de Kinshasa, Frédéric Etsou, contemporizador con Mobutu, había indicado claramente que no las aprobaba. Desde el Comité, Pierre Lumbi, quien en 1978 había fundado en Kivu Sur una ONG llamada *Solidarité Paysanne* y que había sido ministro en el gobierno de Étienne Tshisekedi, fue uno de los mayores impulsores de las marchas. El domingo 16 de febrero de 1992, decenas de miles de fieles, tras salir de misa, se unieron a la «Marcha de los Cristianos» o «Marcha de la Esperanza» exigiendo la reapertura de la CNS.

Así lo cuenta el padre José Mpundu, entonces secretario de Justicia y Paz: «a la altura de Saint-Raphaël nos topamos con un batallón de militares armados hasta los dientes. Yo iba delante. Habíamos acordado que, en cuanto sucediera algo, todos debíamos sentarnos en el suelo. Los militares nos bloquearon el camino y nosotros nos sentamos. A mi lado había una anciana que observaba incrédula a aquellos soldados de dieciséis y diecisiete años. Uno de ellos la miró a los ojos y ella le dijo: «*Muana na nga, est-ce que omelaki mabele ya mama te?* » (Hijo mío, ¿es que nunca has mamado del pecho de tu madre?). El joven no sabía adónde mirar. Esa es la fuerza de la no violencia, de la verdad. Después nos dispersaron con gas lacrimógeno. Nos fuimos, pero un poco más lejos volvimos a reagruparnos. Avanzamos y nos sentamos. Cerca de Kingabwa nos encontramos con unos guardaespaldas, creo que eran del primer ministro Nguza. Nos amenazaron de muerte. «¡No cantéis, caminad! », gritaban. Sin embargo, yo dije: «Si caminamos, nos dispararán». Un tipo corpulento armado con una pistola intentó agarrarme, pero la gente me sujetó. Los botones de mi sotana saltaron. Mi cadena se rompió. Un feligrés la recogió. También maltrataron a sacerdotes blancos». (citado por David Van Reybrouck en su libro *Congo, 2010*).

Las fuerzas de seguridad abrieron fuego contra los manifestantes, matando decenas de personas, incluidos niños. Se emplearon gases lacrimógenos y napalm. Pero Mobutu tuvo que reabrir la Conferencia. Como afirma el citado Van Reybrouck: «Con la conferencia como órgano supremo del Estado el proceso de democratización recibió un impulso decisivo. Después de las sesiones plenarias los representantes se retiraban en veintitrés comisiones y cien subcomisiones, distribuidas por toda la ciudad. En muchas de ellas se realizó un excelente trabajo. Se efectuó un inventario de los problemas existentes y se diseñaron alternativas útiles». En pa-

labras de Regine Mutijima, maestra, representante de Kivu Sur en la Conferencia: «fue una magnífica escuela de democracia. Los partidarios de Mobutu debatían abiertamente con la oposición. Queríamos sacar a la superficie la verdadera historia del país y hacer oír la voz de los débiles». Se aprobó una constitución provisional.

Hubo elecciones en la Conferencia Nacional Soberana y Tshisekedi fue elegido primer ministro. Lamentablemente, con Mobutu de presidente, no se puso fin a la corrupción y el gobierno de Tshisekedi estuvo dominado por la hiperinflación y el empobrecimiento progresivo de la población. Su gobierno terminó en 1993 —duró menos de un año—, reemplazado por un nuevo primer ministro nombrado a dedo por Mobutu.

Dictadura en la República Democrática del Congo: Kabila y el mundo globalizado

Para derrocar a Mobutu, se formó en 1996 una coalición regional liderada por la Ruanda de Paul Kagame (que decía querer perseguir a los autores del genocidio de 1994 refugiados en Congo) e integrada también por Uganda (gobernada por Museveni quien debía su victoria sobre Milton Obote a la guerrilla de Kagame), por Angola y por la Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo-Zaire (AFDL), presidida por Laurent-Désiré Kabila un «señor de la guerra» que desde 1964 controlaba una región congoleña (entre Fizi y Baraka) fuera del control de Mobutu. Kabila residía en Tanzania y su fuente de ingresos era el tráfico de oro, de armas y los secuestros. Había sido anfitrión del mismísimo Che Guevara en su aventura africana y que, por cierto, sacó una muy mala impresión de él. Tshisekedi, fiel a su política pacifista, no se sumó a la coalición. El siervo de Dios, arzobispo de Bukavu Christophe Munzihirwa, fue asesinado por haberse opuesto a la intervención ruandesa. EE. UU., en cambio, la apoyó. Tras la conocida como Primera Guerra del Congo (1996-1997) la coalición salió vencedora y Kabila expulsó a Mobutu del poder en mayo de 1997. No hizo caso de la CNS ni del partido de Tshisekedi: se hizo con todo el poder.

En 1998 se inició la segunda guerra del Congo ahora contra el mismo Kabila, involucrando a Angola, Rwanda, Burundi, milicias hutu y tutsi, Libia, Chad, Mozambique y Zimbabue. Terminó en 2003 con el acuerdo de Pretoria. La ONG *International Rescue Committee* calcula que en esta guerra murieron 5,5 millones de personas.

La Iglesia frente a Kabila

Después del asesinato de Laurent-Désiré Kabila en enero de 2001, su hijo, Joseph Kabila se convirtió en

presidente. Pronto se manifestó como un nuevo tirano hábil para manipular elecciones, ganándolas en 2006, 2011 y 2015.

En 2011, tras una campaña electoral marcada por la represión y la manipulación estatal, las elecciones fueron mayoritariamente denunciadas como fraudulentas. Mons. Monsengwo, ahora cardenal, declaró que los resultados proclamados por la Comisión Electoral no eran «ni justos ni veraces».

Tras las elecciones (fraudulentas) de 2015, para evitar un tercer mandato de Kabila (prohibido por la Constitución), se organizaron manifestaciones en Kinshasa, Goma, Bukavu y Lubumbashi entre el 19 y el 21 de enero de 2015. Las fuerzas de seguridad utilizaron tácticas brutales para reprimirlos, matando al menos a 43 personas. Mons. Monsengwo manifestó: «Es hora de que los mediocres se vayan y de que la paz y la justicia reine en la RDC».

Surgieron muchos movimientos sociales, la mayoría de jóvenes. En respuesta, el gobierno comenzó a aumentar la represión a partir de 2015, encerrando a algunos líderes de estos movimientos y expulsando a periodistas e investigadores extranjeros. Las elecciones de 2016 quedaron pospuestas.

Entre 2017 y 2018 el Comité de Coordinación de Laicos organizó tres grandes marchas en coordinación con los movimientos sociales y los partidos de oposición. Las diversas estructuras de la Iglesia Católica fueron clave en la movilización en Kinshasa y algunas otras ciudades. Mons. Monsengwo, arzobispo de Kinshasa, era muy cercano a los miembros del Comité de Coordinación de Laicos –en particular a Isidore Ndaywel y Pierre Lumbi– y estaba activo entre bastidores para animar a sus sacerdotes. Además, al movilizar a los católicos a través del Comité, Monsengwo pudo superar la falta de consenso en el seno de la Conferencia Episcopal y en el Consejo de Apostolado Laico del Congo, pues no todos los obispos estaban de acuerdo con la táctica de movilización popular para enfrentar al régimen. A nivel local, las protestas fueron anunciadas y discutidas en las Comunidades Eclesiales de Base. Otras estructuras esenciales para la movilización dentro de la Iglesia fueron la Comisión Justicia y Paz y el Consejo de Apostolado Laico del Congo. En muchas parroquias, los sacerdotes anunciaron marchas durante la misa y acompañaron a sus fieles desde la puerta de la iglesia.

El padre Vincent Tshomba, sacerdote de la parroquia de San José en Kinshasa, donde comenzó la marcha

de 1992, fue una figura clave como coordinador de la red de decanos –los 15 párrocos que supervisan las 167 parroquias de Kinshasa–. Como recuerda el padre Patrick «Nina» Ikalaba, de la parroquia *Christ-Roi* en Kasa Vubu, «Durante la misa se leyeron comunicados del Comité de Coordinación de Laicos. Sin el apoyo de los sacerdotes, el Comité no podía tener éxito. También hubo participación de actores políticos como Vital Kamerhe [líder del partido político UNC] que vino aquí a nuestra parroquia y de Félix Tshisekedi que estuvo en la parroquia de San José». Esta bendición oficial de la iglesia, esencial para movilizar a las masas, marcaba un agudo contraste con la marcha de 1992. En aquel entonces, los párrocos se habían movilizado contra la voluntad expresa del cardenal Frédéric Etsou. Esta vez, la Conferencia Episcopal apoyó al Comité de Coordinación de Laicos.

La movilización fue histórica. En cada manifestación, decenas de miles, tal vez cientos de miles en la segunda marcha, salieron a las calles. Hay imágenes conmovedoras de sacerdotes descalzos marchando junto a miles de hombres y mujeres con su ropa de domingo, agitando hojas de palma y sosteniendo Biblias. El gobierno recurrió a su represión habitual. Según *Human Rights Watch*, las fuerzas de seguridad mataron al menos a 18 personas, entre ellas la activista Rossy Mukendi y a la postulante a monja Thérèse Kapangala. Más de 80 personas resultaron heridas, muchas de ellas por disparos.

La amenaza el 12 de agosto de 2018 de una marcha aún mayor por parte del Comité de Coordinación de Laicos fue lo que probablemente precipitó la decisión de Joseph Kabila de no buscar un tercer mandato y nominar a un candidato, Emmanuel Ramazani Shadary, para representar en las elecciones a su partido (*Parti du peuple pour la reconstruction et la démocratie* o PPRD, incorporado al *Front commun pour le Congo* o FCC).

Las elecciones presidenciales se celebraron finalmente en diciembre de 2018; la Iglesia Católica envió 40.000 observadores electorales y realizó una estimación paralela de los resultados. La comisión electoral anunció que Félix Tshisekedi (cuyo partido –Union for Democracy and Social Progress o UDPS– se integra en la Union Sacrée de la Nation o USN, a su vez integrada en la coalición *Cap pour le changement* o CACH) era el ganador. Era el hijo de Etienne Tshisekedi. La Conferencia Episcopal dijo que tal resultado no reflejaba su propio conteo que, en cambio, indicaba que Martin Fayulu había sido el ganador con el 62,8 % de los votos (información corroborada por un estudio del Financial Times, usando datos filtrados por una fuente de la Co-

misión Electoral, que determinó que Fayulu ganó con el 59,4 % de los votos). Fayulu es un economista que participó en 1991 en la Conferencia Nacional Soberana como vicepresidente de la Comisión de Economía, Industria y PYME. Se pensó que Tshisekedi había hecho un trato con Kabila para compartir el poder a cambio de ser nombrado ganador de las elecciones. Sin embargo, la iglesia finalmente reconoció a Tshisekedi como presidente y no apoyó la movilización de Fayulu para anular los resultados electorales.

Por otra parte, en las elecciones legislativas y provinciales, que se celebraron el mismo día, el FCC, la coalición de la que Joseph Kabila era la figura más destacada, obtuvo 341 de los 500 escaños de la Asamblea Nacional. De este modo, Kabila controlaba el congreso, el senado y los gobiernos provinciales y Tshisekedi solo la presidencia. Ante esta situación sin precedentes, las dos coaliciones (FCC de Kabila y CACH de Tshisekedi) firmaron un acuerdo en marzo de 2019. Kabila podía así proteger sus intereses y los de su red clientelar que se extendía por el ejército, la policía, el alto funcionariado e incluso algunas guerrillas. Tshisekedi fue relegado al papel de un presidente simbólico e incapaz de impulsar su programa de reformas.

¿Por fin democracia?: Tshisekedi y el turbocapitalismo

Pero en 2021 miembros de la coalición que apoyaba a Kabila, el FCC (Front commun pour le Congo), se pasaron al partido de Tshisekedi. Quizás lo más importante es que Tshisekedi logró nombrar a docenas de funcionarios para altos cargos militares y judiciales sin la aprobación del FCC, que protestó porque Tshisekedi estaba violando el acuerdo de reparto de poder que había alcanzado con la coalición, pero no había nada que pudiera hacer para detenerlo.

El reto para Tshisekedi era colosal. Marcel Utambi Tapa, arzobispo de Kisangani afirma que la violencia que asola al Congo procede de todo tipo de contingentes armados: guerrillas apoyadas por Ruanda o por Uganda, tropas gubernamentales... cada uno en busca de su trozo de pastel. La globalización neocapitalista (ahora también en su modalidad de capitalismo chino de Estado) no facilita las cosas: actúa, como siempre, como fuerza extractora, empobrecedora y corruptora que encuentra terreno abonado en unas élites militares y políticas acostumbradas a sacar su tajada a base de violencia o amenaza de violencia. ¿Es posible gobernar en este contexto sin corromper y ser corrompido, sin ceder o tomar franjas de poder para expoliar, robar y matar? Las maneras antidemocráticas ya han aparecido

en Tshisekedi.

Tras librarse del control de Kabila, Tshisekedi emprendió una política anticorrupción y de transparencia tanto en el sector de la minería como en el sector maderero. Ha enfrentado a las empresas chinas en busca de mejores condiciones laborales y ventajas para el Congo. Pero Kabila parece estar buscando financiación china de cara a las elecciones de 2023 y recuperar así el poder.

Pese a lo prometedor que parecía un gobierno de Tshisekedi libre de Kabila, en junio de 2023 los obispos denunciaron que en la República Democrática del Congo (RDC) se asiste «a un retroceso deplorable caracterizado por la represión violenta de las manifestaciones de la oposición, la restricción de la libertad de movimiento de los opositores, intentos de proyectos de ley discriminatorios, la instrumentalización de la justicia y detenciones arbitrarias». Además, Tshisekedi y su familia han sido acusados de beneficiarse de acuerdos con empresas chinas deseosas de cobre, cobalto y diamantes (acuerdos cuya negociación inició Kabila), de aumentar el presupuesto clasificado» (secreto) para seguridad» (es decir, para lubricar la corrupción de las fuerzas armadas), del nombramiento por decreto de tres magistrados del Tribunal Constitucional (a cargo de la revisión de los resultados electorales), de declarar el estado de sitio en Ituri y Kivu, regiones dominadas por la oposición así como de violencia política (encarcelamiento y asesinato de opositores).

El 20 de diciembre de 2023 el Congo celebró elecciones presidenciales, así como a representantes al parlamento nacional, provinciales y municipales. La Conferencia Episcopal Nacional del Congo había instado a los congoleños a «despertar» de su «sueño» para exigir elecciones creíbles. Las elecciones se celebraron entre irregularidades denunciadas por la Iglesia y la oposición, dando la victoria a Tshisekedi con el 73% de los votos. La oposición, liderada por Martin Fayulu (del partido Compromiso por los Ciudadanos y el Desarrollo o ECD) las ha impugnado ante el Tribunal Constitucional (lamentablemente dominado por Tshisekedi) y ha acusado al presidente de la Comisión Electoral Nacional Independiente (CENI), Denis Kadima, de manipular los resultados.

Tshisekedi ha pedido a la Iglesia que no se meta en política, pero Donatien N'shole, obispo y secretario general de la Conferencia Episcopal respondió: «a partir del día en que tengamos gobernantes que cuiden bien de la población, la Iglesia se manifestará cada vez menos en cuestiones sociopolíticas». ●

